

# Reciclaje

**Fructuós Canonge** Mago autodidacta, su dominio del ilusionismo le llevó de su puesto de limpiabotas en la plaza Reial barcelonesa a la corte de Isabel II

## Lustrosa humanidad

**MONTSE VIRGILI**

Fructuós Canonge, el joven limpiabotas, en su esquina de la plaza Reial de Barcelona, unta betún con un cuchillo y se embadurna la lengua mostrando las increíbles virtudes de su lustre. Ante esa imagen de infantil glotonería, en aquella Barcelona obrera de 1851 que se muere de hambre entre alzamientos populares, los paseantes miran atónitos y divertidos la ocurrencia del que se conocerá como *El Merlín Español*.

Dicen algunos que el lustre del limpiabotas Canonge se compone de azúcar y café y en esa duda está el misterio del que se sirve el mago para desbancar a la razón. Saca brillo a los zapatos, saborea panecillos de betún, y, mientras, obsequia a los clientes con algún juego de manos. Son los inicios del limpiabotas que va a convertirse en uno de los mejores prestidigitadores del siglo XIX. El favor del público le llevará a recorrer los principales teatros de España y Sudamérica y será distinguido con todo tipo de condecoraciones.

A este hombre admirado le ha querido dedicar estos días un libro Josep Ollé, el párroco de Montbrío

del Camp, el pueblo donde nació Fructuós Canonge, en 1824. La obra *Fructuós Canonge Francesch, d'enllustrador a prestidigitador*, coeditada por el Ayuntamiento de esta población del Baix Camp y por la parroquia de Sant Pere Apòstol.

“Desde que llegué a Montbrío, los vecinos me han contado numerosas anécdotas sobre Fructuós”, recuerda el que es párroco del pueblo desde hace 28 años. Cuando el

**Josep Ollé, párroco de Montbrío del Camp, ha escrito la biografía de este prestidigitador catalán, uno de los más grandes del siglo XIX**

ilusionista volvía de visita a su pueblo natal, los caramelos brotaban de los delantales de las madres y las abuelas de los ancianos que viven hoy en el pueblo.

El sacerdote Josep Ollé, a partir de esa y otras historias, emprende una búsqueda de pistas en archivos, hemerotecas y libros antiguos con la intención de un notario que colorea con datos y fechas un viejo cuento en blanco y negro. Y en esa persecución de papeles apollados, el párroco de Montbrío del Camp dibuja la biografía del hom-

bre que dejará el humilde brillo de unos zapatos por el de las luces metafóricas de los escenarios.

En casi 300 páginas y por orden cronológico, el biógrafo de este prestidigitador cuenta cómo el chico de Montbrío del Camp, a su llegada de inmigrante a Barcelona, vende quincalla para ayudar en las dificultades económicas de su familia y cómo va a dejarlo para convertirse en limpiabotas de la plaza Reial. Todavía hoy puede verse, en una esquina, la placa restaurada que reza *Limpiabotas Canonge*. Consciente de su suerte y de la clase a la que pertenece, Fructuós Canonge, en su firmamento de cepillos y betún busca la compañía de sus *satélites*, ex delincuentes y marginados a quienes ofrece trabajo de limpiabotas.

Y esa obsesión por ayudar a los demás le llevará casi a la ruina hacia el final de sus días. “Manos hábiles y corazón generoso”: de este modo resume el sacerdote la vida de Canonge, en su homenaje con

celonesa que lleva tiempo esperando el primero de unos días que conocerán otros continentes.

El párroco de Montbrío del Camp, a través de crónicas periodísticas y documentos de la época, descubre a un mago que, sin maestros, sabe que su aprendizaje va a basarse en la intuición de sus dedos y en la brevedad de una sonrisa. Fructuós Canonge no posee ninguno de los requisitos que se pide a los prestidigitadores de la época. Pero parco en palabras, sin guantes y con un rudimentario francés, supera a sus compañeros de profesión en destreza y proximidad. Una cafetería, el mercado o un palacio serán escenarios de una diversión desafiante que no conoce jerarquías.

Con esa vocación igualitaria, el ilusionista llega tres horas tarde a una representación ante Isabel II y su consorte Francisco de Asís de Borbón. En el mismo instante en que la reina le recrimina el retraso, todos los relojes del palacio, incluidos los de los invitados presentes, marcan la hora de la cita acordada. La magia de Canonge llega puntual. En una dimensión paralela de manecillas perdidas, dos biografías se acercan en este libro. La de un cura que cree en la magia divina de los milagros y la de un prestidigitador que confía en la magia del hombre que juega a ser divino.

Fructuós Canonge en su función inacabable de naipes bailarines y monedas voladoras, aparece en las fotografías con bigote y perilla, uniforme de mago de la época. Lleva las condecoraciones que le han otorgado durante su vida, prendidas del pecho con honor antiguo y leal. Sus pies lucen orgullosos unos zapatos embetunados de brillante humanidad. |



Al final de su vida, Fructuós Canonge (Montbrío del Camp, 1824 - Barcelona, 1890) disfrutó de una merecida fama como ilusionista. Su imagen, tan propia del siglo

XIX, se hizo muy popular en buena parte de Europa bajo el sobrenombre de 'El Merlín Español', y fue reconocido con el título de caballero por la corte de Isabel II